

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez

Homilía

17^A JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA CONSAGRADA 2013

La vida consagrada en el Año de la fe

2 de febrero de 2013

Queridos hermanos consagrados y consagradas:

En la Fiesta de la Presentación del Señor celebramos, desde 1997, la Jornada Mundial de la Vida Consagrada. El lema de este año está tomado de la Carta Apostólica *Porta fidei*, 15 del papa Benedicto XVI: "Signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo". Cada uno de los cristianos estamos llamados a ser signo vivo y testimonio creíble del Señor para suscitar en el corazón y en la mente de muchos el deseo de Dios y de la vida eterna. De los consagrados se espera particularmente este testimonio significativo.

Jesús es presentado en el templo de Jerusalén por María y José; y también Jesús se presenta a sí mismo ante el Padre: "Aquí estoy para hacer tu voluntad". Es propiedad singular de Dios por ser el Hijo primogénito hecho hombre; es el Mesías prometido por Dios y esperado de Israel y, en realidad, de toda la humanidad. Nosotros, elegidos por Jesucristo, a quien hemos elegido como nuestra herencia, deseamos ser posesión suya. Al Señor pertenecemos, y con todo el corazón y la vida entera nos restituimos confiadamente a Él.

Iluminados por el resplandor del que es la luz de las naciones, podemos ser luz del mundo. El encuentro con Jesucristo alumbrá nuestros pasos y pone en nuestras manos la antorcha para iluminar,

Jesús fue signo revelador del Padre y de su misericordia durante la totalidad de su existencia. En Jesucristo culmina la comunicación de Dios, que antes había hablado en muchas ocasiones y de muchas maneras por los profetas (cf. Hb 1,1-2). *«Jesucristo, Palabra hecha carne, "hombre entre los hombres", habla palabras de Dios (cf. Jn 5,36; 17,4). Por eso, quien ve a Jesucristo ve al Padre (cf. Jn 14,9). Él, con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección de entre los muertos, con el Espíritu de la verdad, lleva a plenitud la revelación, y la confirma con testimonio divino; a saber, que Dios está con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y de la muerte y para hacernos resucitar a una vida eterna»* (Dei Verbum, 4). Los cristianos y de modo especial los consagrados y consagradas estamos llamados a ser signos en el Signo por antonomasia que es Jesucristo. Él es el rostro personal y vivo del Padre; es la Imagen de Dios invisible (cf. Col 1,15).

Hace algunos decenios, tanto la vida religiosa como el ministerio sacerdotal subrayaron la cercanía y la "encarnación" en medio de los hombres. En virtud de esta proximidad, se ha creado una familiaridad entre todos los cristianos seglares, ministros de Dios y religiosos, fortaleciendo la fraternidad cristiana y la misión de cada vocación en la Iglesia. Nos hemos convertido en unos de tantos, pasando desapercibidos en la manera de actuar, de presentarnos, también de vestir. ¿No ha repercutido esta manera de actuar en nuestra condición de signo? ¿En un mundo tan secularizado como el nuestro, no son relevantes también estos signos? La ausencia de signos de Dios en el mundo acentúa la secularidad ambiente. Es verdad que los signos de la condición de discípulos son las buenas obras (cf. Mt 5,16) y que el hábito que hace al monje no es simplemente una forma de vestir, pero no deja de ser relevante la forma de presentarse de un religioso y de un sacerdote, según el estatuto de cada uno. El amor del Señor y el amor del Evangelio que deseamos anunciar, asumiendo el desafío de la nueva evangelización con obras y palabras en nuestro tiempo, nos deben guiar. ¿Por qué no convertimos en tema de reflexión personal y comunitaria la influencia de estas expresiones en nuestra condición de signo vivo? Si el signo-persona es opaco, nada manifiesta ni se convierte en llamada por su "extrañeza", que puede ser una forma de interrogación inicial. Si la ausencia de signos significara vaciamiento, no remitiríamos a Dios. Los signos sociales que forman parte del signo-persona no son irrelevantes para la misión de la vida religiosa ni tampoco para un posible proceso vocacional.

miró compasivamente al hombre de su tiempo (cf. Mt 9,36), nosotros, participando en sus sentimientos, debemos mirarlo con benevolencia, sin darlo por perdido, sin desesperar de que en el cruce de sus caminos se pregunte por la senda de la sabiduría, de la verdad, de Dios, de la salvación. El Padre bueno esperó todos los días al hijo pródigo (cf. Lc 15,12 ss.) porque el corazón le decía que volvería, que lejos de la casa paterna estaba solo, perdido y abandonado, sin futuro ni alegría. ¡No dejemos de esperar y de insistir confiadamente!

El lema de la Jornada de la Vida Consagrada es largo pero muy elocuente: "Signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo". Nos ayuda a expresar el sentido y la misión de la vida religiosa en la Iglesia y en la humanidad. En nombre de nuestra Diócesis, aprovecho esta oportunidad para agradecer vuestra vocación, vuestra presencia y vuestra misión. Con palabras de Mons. Vicente Jiménez, obispo de Santander y presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada, recuerdo con gratitud vuestros lugares de presencia y de vida: Por el Espíritu de Cristo resucitado podéis entregaros sin reservas *«a los hermanos y a todos los hombres, niños, jóvenes y adultos, por el ejercicio de la caridad, en las escuelas y en los hospitales, en los geriátricos y en las cárceles, en las parroquias y en los claustros, en las ciudades y en los pueblos, en las universidades y en los asilos, en los lugares de frontera y en lo más oculto de las celdas»*. La vida consagrada es una corriente secular, caudalosa y fecunda de la historia de la Iglesia. Tened la seguridad de que vuestra causa, con sus gozos y sufrimientos, es también nuestra y de la Iglesia diocesana. Al creer, Dios nos admite en su compañía, y entramos en la familia de la fe. El que cree en Jesucristo no está solo; quien ha dicho a Dios "tú eres mi herencia" no quedará desheredado.

Sé que estáis inmersos en procesos de reestructuración de casas, comunidades, obras apostólicas y provincias. A primera vista, esta reestructuración significaría responder a la precariedad, a la disminución de vocaciones, al envejecimiento de los miembros y a una perspectiva de futuro oscura. Todos padecemos, por motivos conocidos, procesos de remodelación, de adaptación a las posibilidades y de respuesta a las necesidades más apremiantes del campo apostólico. Como vosotros mismos habéis manifestado, no se trata de reestructuraciones meramente organizativas, sino de reestructuraciones con espíritu; el objetivo no es "cerrar", sino disponerse, en la nueva situación, a acoger la voz del Espíritu y escuchar la voz de la Iglesia. En estos procesos no se debe confundir disminución con decadencia: más

La vida consagrada es un don de Dios y una necesidad de la Iglesia para fructificar más abundantemente en la historia. La vida religiosa no desaparecerá de la Iglesia, pero sí puede desaparecer cierta forma concreta y en ciertos lugares determinados. Dios, en su fidelidad, seguirá llamando al seguimiento particular de Jesús en pobreza, castidad y obediencia, y a una forma de vida en comunidad que anticipe por el amor y la unidad la asamblea definitiva del cielo.

El secreto de nuestra vida consiste en estar escondidos con Cristo en Dios (cf. Col 3,3). Sin la comunión y comunicación detenida y honda con el Señor, nuestra vida perdería sus raíces y se secarían sus fuentes. Si seguimos a Jesús en la entrega de la vida, lo seguiremos también en su victoria desbordante de gozo. Ungidos por el Espíritu Santo, seremos imágenes de Cristo, signos vivos de su presencia.

Os manifiesto de nuevo mi gratitud, afecto y cercanía.